

Babinsky. Y junto a estos protagonistas, se adicionan otros, de igual nacionalidad que los antecedieron, como: Ernesto Malinowski y el prematuramente desaparecido Alejandro Miecznikowski.

Es valiosa la obra de Alberto Regal, que reseño. En forma metódica, agrupa su saber en torno a lo cumplido por la República en el campo ferrocarrilero. A la vera de sus informaciones, las propias y genuinas del tema, la complementan otras aledañas, de hombres, hechos, circunstancias, espigados a lo largo de la búsqueda que realizó en libros y periódicos viejos, recludos en bibliotecas o en expedientes administrativos.

Recordemos que la labor histórica de Alberto Regal es larga y proficua. Bien la jalonan esfuerzos anteriores. Ha investigado mucho y bien. Son claros exponentes, las monografías dadas a luz y que llevan por títulos: "*Los Caminos del Inca*"; "*Historia del Real Felipe del Callao*". "*Los Fuentes del antiguo Perú*". "*Política Hidráulica del Imperio Incaico*". "*Las Minas Incaicas*" y "*Castilla el Constructor*". Son estudios in extenso, que comprenden libros, además, cuenta con indagaciones que las ha hecho conocer en revistas. El legado que puntualizamos y, el que ahora se comenta, son exponentes de su valía. Ha sabido unir, a su exacta destreza profesional de las matemáticas aplicadas, calidad histórica; tanto en el terreno áspero de la investigación, como en el panorama escrito, de síntesis expositiva.

Recuerda, el esfuerzo del Ingeniero Regal, al que se editó en Chile, hace algunos años, debido a la pluma de Arthur C. Wardle, con el sugestivo nombre de "*El Vapor Conquista al Pacífico*" hermoso trabajo. Informa e ilustra, con sabor novelesco, los beneficios que recibieron, las costas que bañan nuestro océano, denominado por las viejas crónicas *Mar del Sur*. La civilización destronó a las velas que lo surcaban, e impuso, desde 1840, la navegación a vapor a mérito del tesorero ahinco de aquel gran empresario norteamericano que se llamó: Williams Wheelwright.

Lima, Agosto ... de 1969.

Manuel Moreyra Paz-Soldán.

Luis Martín, *The intellectual conquest of Perú — The Jesuit College of San Pablo, 1568-1767* (New York, Fordham University Press, 1968), XII y 194 pp.

Habiendo sido los jesuitas para el Perú Virreinal, quizá si el conducto más importante por él que discurrió la cultura occidental hacia nuestras tierras, han pasado dos años, que eran los correspondientes al cuarto y al segundo centenario, respectivamente, de la llegada de los jesuitas al Perú (1568) y de su expulsión (1767), en los que poco menos, quedaron desapercibidos esos importantes hechos que debieron conmemorarse por su importancia para nuestra cultura y nuestra historia.

La más valiosa publicación hecha para rememorar la labor cultural jesuítica en nuestro país es, sin lugar a duda, este libro de Luis Martín, avezado historiador andaluz, que hace algún tiempo permaneciese en el Perú por un año, trabajando en forma ejemplar en la investigación que le dió los materiales para elaborar este importante trabajo, que además de su alta calidad intrínseca y erudita, está muy bien concebido y bellamente escrito.

El trabajo de Luis Martín es una valiosísima contribución a la historia cultural del Virreinato del Perú. Es una demostración documentada y muy concisa, a través de sus apretadas páginas, del alto desarrollo de la cultura europea en nuestro medio, pero de un desarrollo que fue armónico y sin olvidar el aporte de las culturas amerindias y sin ignorar el nuevo en que le correspondió desenvolverse, él que si bien es cierto, como lo dice el título del libro de Martín, fue conquistado, también es válido, hizo sentir su tremenda fuerza telúrica. De donde, tenemos que las manifestaciones artísticas y culturales siendo occidentales, tienen un evidente sello americano, como puede verse en las obras del Arte Iberoamericano y en autores, como el Inca Garcilaso de la Vega, que siendo occidentales no son europeos.

Ningún grupo humano llegó al Hemisferio Occidental, en el siglo XVI, con mejores armas para esa conquista intelectual que los padres de la Compañía de Jesús. Hombres de la categoría de José de Acosta, se contaron entre los llegados en las primeras oleadas jesuíticas, y se afanaron en estudiar a los hombres y al medio americano, con empeñoso esfuerzo, con inteligencia, con simpatía y gran sentido de fraternidad cristiana, conservando al mismo tiempo la circunpección propia de quienes habían sido formados en los más altos medios universitarios del Viejo Mundo y con ese equilibrio mental tan propio de los hijos de Loyola.

Esos sacerdotes de nuevo cuño, formados para la guerra religiosa y cultural de la Contrareforma europea, llegaron a tierras de América y de inmediato, iniciaron una larga e incruenta batalla, sin estridencias, pero no por silenciosa menos efectiva, y persistente, ya que desde sus colegios y con sus intelectuales darian la lucha para la defensa del indio y de lo indio, con la mayor y más noble eficacia que pudo lograrse en América.

El primer paso que tenía por resolver era el problema de la comunicación y para esto se aplicaron los recién llegados con ahinco y pronto sus colegios de Lima, Cuzco y Juli, fueron los más altos laboratorios lingüísticos del Perú y los nombres de Blas Valera, Alonso Barzana, Diego González Holguín, Diego Torres Rubio y Ludovico Bertonio son clásicos en esos estudios y clásicas son las obras de los hijos de Ignacio de Loyola en este predio del saber humano y son imperdurables en los fastos de nuestra historia.

Si los jesuitas revolucionaron la educación en Europa, lo mismo hicieron en el Perú y sus escuelas y colegios fueron con toda justicia los más

acreditados. La expulsión de la Compañía de Jesús de nuestra América, dejó un vacío en la enseñanza, en todos los niveles, que nunca pudo ser llenado en los días coloniales.

Fueron los jesuitas los que trajeron de México a Antonio Ricardo y el primer libro impreso, en América del Sur, el catecismo bilingüe, lo fue en los claustros ilustres del Colegio jesuítico de San Pablo.

En las bibliotecas de sus colegios, tuvieron los jesuitas las obras más variadas, donde se juntaban las ciencias divinas con las muy humanas de economía y técnicas agrícolas, etc., Fueron en sus días estos repositorios los más grandes y completos del Hemisferio Occidental.

Hicieron los jesuitas peruanos una inmensa contribución a la Medicina Universal, cuando enviaron a Europa la quinina, en la década de 1630. Fue un farmacéutico del Colegio de San Pablo, Agostino Salumbrino, el primero en reconocer las virtudes curativas de la quinina con mentalidad científica y fue Bernabé Cobo, alumno y profesor de dicho Colegio, el primero en describir al Occidente, las maravillas del "árbol de las calenturas" en su bien conocida *Historia del Nuevo Mundo*.

La sola labor de tres hombres, bastaría para hacer ilustre, la labor cultural de la Compañía de Jesús en el Perú, nos referimos a los nombres insignes de José de Acosta, de Pedro de Oñate y Diego de Avendaño. La obra de Acosta es tan conocida que no cabe recordarse en estas líneas. Pedro de Oñate, fue autor el monumental y mal conocida *De Contractibus*, verdadero esfuerzo para poner en orden la maraña legal del Nuevo Mundo, encaminándola a la defensa de los indígenas, en forma valiente y profundamente documentada, con el debido y directo conocimiento de los hechos, yendo contra virreyes y las mismas ansiedades económicas de la Corona. Diego de Avendaño, ilustre y sabio luchador contra el trabajo forzado, la mala administración virreinal y la esclavitud; en los seis gruesos volúmenes su *Thesaurus Indicus*, el lector encontrará cómo, aquel ilustradísimo jesuita no refrenó su pluma ni ante el disgusto de los más grandes magnates de su época, sino que, con cristiana entereza criticó acerbamente los defectos y planteó avanzadas y útiles soluciones. Pero además de, aquellos tres hombres insignes de los hombres de la Compañía de Jesús en el Perú, deberíamos agregar los de una legión que brillaron en las ciencias, las letras, las artes, en la santidad y en la sabiduría.

Con cierto deleite y regodeo, Luis Martín se extiende, dentro de lo muy apretado de su relato, en la obra farmacéutica de Agostino Salumbrino, fundador del primer laboratorio de su índole en la América del Sur, que distribuyó sus medicamentos no sólo en el ámbito americano sino hasta en el del Viejo Mundo.

Lamentamos que la obra de Luis Martín no haya sido traducida al español, pues ha llegado el tiempo de que los peruanos tengamos el justo orgullo de que nuestra patria fue un gran centro cultural en los siglos coloniales, en los que sus hombres de pensamiento no durmieron mu-

chos suponen, y sin base, una larga siesta, pues muy lejos de eso, estuvieron activos en sus investigaciones de la realidad peruana, y supieron combatir con entereza y sin desmayos por la justicia y el bienestar de los peruanos de todas clases y razas.

Ojalá al traducirse a nuestra lengua este muy valioso libro de Martín, éste lo amplíe, pues es evidente que tan solo una parte mínima de lo que él conoce ha llegado a la imprenta, debiéndose guardar en sus notas y en sus fichas informaciones inapreciables para el mejor conocimiento de nuestro pasado cultural.

*Félix Denegri Luna*